

TEMAS DE POBLACION: PUNTOS DE VISTA DIVERGENTES *

Carmen A. Miró
CELADE

INTRODUCTION TO POPULATION ISSUES: DIVERGENT VIEWS

SUMMARY

At present times the world population has exceeded the 3 900 million; of this total, 2 800 correspond to less developed countries. What makes these figures extraordinary is not so much their magnitude, but the speed with which they have been increasing in recent times, especially in the less developed areas.

The uneven decline that fertility and mortality have experienced has produced the speeding of the world population growth rate and a rejuvenation of the structure by ages, especially in those less developed countries, where over 40 percent of the population is under 15 years of age.

The present age structure proves impossible to immediately stop the population growth, even if there were drastic declines in fertility, for it carries an implicit growth potential.

Another aspect of this time is the urbanization phenomena, which carries an even more dramatic characteristic, the transfer within countries of population from the rural and small urban areas to the large cities, highly populated, and this can be shown by the increase of the number of cities with over one million inhabitants.

Hace algún tiempo, el Director del Programa de la Tribuna me solicitó que en 20 minutos formulara observaciones sobre “la situación demográfica del mundo actual, con referencia a estructuras por edad e inercia de cambio, velocidad de crecimiento, tamaño y distribución de la población” como una introducción a la discusión del tópico: “Temas de Población: Puntos de Vista Divergentes”. En resumen: muchos temas para un lapso tan breve.

Deseo en primer término dejar constancia expresa de que mi partici-

* Palabras de Carmen A. Miró en la “Tribuna de Población”, realizada en Bucarest, durante la Conferencia Mundial de Población.

pación en esta Tribuna y cualquier opinión que pueda manifestar, no representan necesariamente los puntos de vista de las instituciones a las que estoy vinculada: la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población y el Centro Latinoamericano de Demografía de las Naciones Unidas.

Al hablar de la situación demográfica parece casi inevitable mencionar cifras, y tendré que hacerlo, usando como fuente los documentos presentados por las Naciones Unidas ante la Conferencia Mundial de Población. Esto les permitirá a ustedes ahondar en los temas que, forzosamente, deberé abordar en forma sucinta. En muchos casos preferiría referirme a las características cualitativas de la situación, más fáciles de retener que las cifras, las que, además, en su mayor parte, cambian con tal rapidez que no bien logramos memorizarlas cuando ya han sido reemplazadas por otras.

Como sin duda es del conocimiento de ustedes, las Naciones Unidas preparan periódicamente estimaciones y proyecciones de población para los distintos países y regiones del mundo. Estas estimaciones y proyecciones están basadas en la información estadística disponible y en ciertos supuestos sobre la evolución probable de las variables demográficas básicas, es decir, fecundidad y mortalidad. Las cifras que citaré, provienen de las proyecciones llamadas "intermedias", las que, por lo general, suponen disminuciones moderadas de los niveles de fecundidad y la continuación de la tendencia descendente en los de mortalidad.

Al momento de realizarse esta Tribuna, la población mundial habría sobrepasado los 3 900 millones. De ese total, siete de cada diez personas (cerca de 2 800 millones) viven en los países menos desarrollados del mundo.

Lo extraordinario de estas cifras no es tanto su magnitud -sin duda bastante significativa- sino la velocidad con que ellas han aumentado en los últimos tiempos. Tan sólo unos 25 años atrás, en 1950, la población total del mundo era un poco más de 2 500 millones de habitantes, o sea, 300 millones menos que la actual población de las regiones menos desarrolladas.

A cualquier observador desprevenido que pueda pensar que la humanidad ha alcanzado, o está alcanzando, los límites de su crecimiento demográfico, es necesario advertirle que en los próximos 25 años la población mundial aumentará en otros 2 500 millones. Los números absolutos siempre resultan difíciles de captar, pero el significado de dicha cifra puede subrayarse señalando que el ritmo de crecimiento es tal, que si la multiplicación de la humanidad, desde la aparición del hombre sobre la tierra hasta el año 1950, se repitiera -de cumplirse las proyecciones de las Naciones Unidas- en el *solo* lapso de los 25 años que restan de este siglo, la población mundial superaría los 6 400 millones de habitantes. Parece innecesario volver a señalar que el mayor crecimiento ha ocurrido, y seguirá ocurriendo, en las áreas menos desarrolladas, cuya

población, actualmente dos veces y media mayor que la de las áreas desarrolladas, llegará en el futuro a ser cuatro veces mayor que la de éstas.

Los demógrafos sitúan el inicio de tal crecimiento, sin precedentes en la historia, entre la segunda mitad de la década de 1940 y la primera de 1950. En ese período, como resultado de una combinación de factores (campañas masivas para el exterminio de portadores de enfermedades infecciosas, mejoramiento de técnicas y servicios de salud, elevación del nivel educacional y, en general, de niveles de vida en algunos sectores de la población), se inició una baja notable de los niveles de mortalidad en muchos países en desarrollo. En la mayoría de ellos la tasa bruta anual de mortalidad, antes de 1940, era del orden del 30 al 35 por mil, siendo algo menor en los países latinoamericanos, (20 a 25 por mil). Actualmente esta tasa se ha reducido a menos de la mitad: alrededor de 14 por mil en el primer grupo y 9 por mil en el segundo. La esperanza de vida al nacer, (e_0^o) -medida sintética que nos indica el número de años que una persona nacida en un momento determinado viviría, si las condiciones de mortalidad existentes en la fecha de su nacimiento siguieran prevaleciendo- quizá nos permita captar mejor la magnitud del descenso de los niveles de mortalidad. Para aquellos países menos desarrollados que disponen de información suficientemente confiable, puede establecerse que antes de 1945 la esperanza de vida al nacer era casi siempre inferior a los 40 años. Ya en 1960, en muchos países menos desarrollados la esperanza de vida al nacer era de 60 años, en circunstancias que ya hoy varios han alcanzado el nivel de 70 años. Esto significa una espectacular ganancia de 30 años en las tasas de supervivencia, en un período de 30 años. Otro dato ilustrativo sobre el ritmo reciente del descenso de las tasas de mortalidad: Costa Rica logró en 20 años el mismo descenso registrado en Inglaterra y Gales en 150 años.

A diferencia de lo que sucede en cuanto al tamaño de población, parece existir una tendencia a converger entre las regiones menos desarrolladas y las desarrolladas con respecto al nivel de las tasas de mortalidad. Citando las palabras de George T. Stolnitz, en el documento que presentó a la Conferencia Mundial de Población: "Aun cuando el contraste entre las poblaciones de los PMD (países menos desarrollados) y los PD (países desarrollados) continúa siendo amplio en promedio, y aun notable en muchos casos individuales, es probable que ningún otro componente importante de condiciones sociales haya sido testigo de tal cierre en la brecha de desarrollo, como el caso de la mortalidad." Esta observación nos ayuda también a concluir que los niveles de mortalidad de las regiones desarrolladas (que ya eran más bien bajos), no han cambiado en forma tan significativa en los últimos 30 años. Naturalmente, esto no debe interpretarse en el sentido de que no existen diferencias muy acentuadas de mortalidad entre los países menos desarrollados. Muchos aún se mantienen bajo la esperanza de vida al nacer de 50 años,

siendo ésta en algunos, inclusive, más próxima a los 40 años. Es más, queda todavía mucho por hacer prácticamente en todos los países en vías de desarrollo en lo que se refiere a la reducción de la mortalidad infantil, que aún exhibe una diferencia considerable con respecto a la de los países desarrollados.

La rapidez de la tendencia descendente de la mortalidad, no ha sido acompañada por una conducta similar de la fecundidad en los países menos desarrollados. Este nivel, por lo general, medido en términos de tasa bruta anual de natalidad, parece haber variado mucho menos que el de la mortalidad. De un promedio de alrededor de 43 por mil para las regiones menos desarrolladas en los años 1935, ha cambiado a 38 por mil hacia 1975, es decir, una disminución de un 11 por ciento aproximadamente, en 40 años, contra un descenso de más o menos 60 por ciento de la mortalidad durante el mismo período.

Este comportamiento de la fecundidad y la mortalidad ha traído consigo dos consecuencias: una aceleración de la tasa de crecimiento de la población mundial, y un rejuvenecimiento de la estructura por edades, una vez más, especialmente en los países menos desarrollados. La tasa de crecimiento anual promedio de la población mundial, tanto en las áreas desarrolladas como en las menos desarrolladas, era sólo de 0,8 hasta 1950. Esto equivale a decir que, por cada mil personas, sólo ocho se agregaron a la población cada año. A partir de entonces, la tasa de las regiones desarrolladas aumentó a 1,3 por ciento declinando luego otra vez hasta menos de 1. Por otra parte, las tasas de las regiones menos desarrolladas empezaron a aumentar, habiendo alcanzado en la actualidad un nivel cercano al 2,4 por ciento. Es decir, ahora cada año se agregan 24 personas más por cada mil de las ya existentes; tres veces más habitantes que hace 25 años. Cabe señalar que las proyecciones de las Naciones Unidas, al anticipar un descenso de los niveles de fecundidad en todas las regiones, indican también un descenso de la tasa anual de crecimiento, que de hecho es más bien modesto, llegándose -para las regiones menos desarrolladas- a una tasa de 22 por mil en la última década de este siglo.

La estructura por edades de los países menos desarrollados también lleva el sello de un nivel de fecundidad alto y estacionario que, unido a una mortalidad declinante, genera una población muy joven. En estos países se observa que, en promedio, más de 40 personas de cada 100 tienen menos de 15 años de edad, comparado con sólo 27 en las regiones desarrolladas. Esta proporción se ha mantenido prácticamente sin modificaciones durante los últimos 30 años, aun cuando las proyecciones al año 2000, a causa de la supuesta baja de fecundidad, muestran que esta proporción desciende a un 36 por ciento en las regiones menos desarrolladas y a un 23 por ciento en las desarrolladas. De más está señalar la importancia de este grupo, en términos de demandas de toda clase de servicios de las familias y de la comunidad en general. Por supuesto, el carácter juvenil de la estructura por edades de la población en los países

en vías de desarrollo, también repercute sobre otros grupos de edades. Proporcionalmente habrá más adultos jóvenes entre los 15 y los 24 años y, lo que es más importante, esta proporción irá aumentando año tras año con tasas más bien altas. Este es el grupo que normalmente busca empleo por primera vez. Otro grupo de importancia demográfica cuya proporción con respecto a la población total se ve afectada por los niveles anteriores de fecundidad, es el de las mujeres en edades reproductivas (de 15 a 44 años). Las proyecciones señalan que hacia el año 2000 habría 600 millones más de mujeres entre 15 y 44 años. La proporción de estas mujeres en la población, unida a otros factores, determinará los niveles de fecundidad en los próximos años.

Enfrentada a esta situación, y tal vez preocupada por la veloz multiplicación actual de la humanidad, una persona ajena a la demografía, ingenuamente podría preguntar por qué no detener de manera inmediata el crecimiento demográfico. Simplemente, porque no puede hacerse. La actual estructura por edad de la mayoría de la población mundial conlleva un potencial implícito de crecimiento tal que, aun cuando haya reducciones muy drásticas de los niveles de fecundidad —cambio que, por lo general, no parece plausible por el momento— la población tardará aún varias décadas antes de alcanzar un nivel estacionario.

Se dice que una población está meramente reemplazándose a sí misma cuando la tasa neta de reproducción es 1,00 (esta medida sintética nos dice cuántas hijas de una mujer promedio, sobrevivirían a la edad reproductiva si estuviesen sujetas a los modelos de mortalidad vigentes). Se podría, por lo tanto, pensar que tan pronto como cada mujer sea reemplazada por una hija, es decir, cuando la tasa neta de reproducción sea 1, el crecimiento poblacional se detendría. Sin embargo, no es éste el caso. Las Naciones Unidas prepararon algunas proyecciones que designan como “especulativas”, en las que se muestra que ni siquiera en las regiones desarrolladas, con sus bajas tasas de crecimiento, se podrá alcanzar esta tasa neta de reproducción de 1 antes del año 2020, y, de ahí en adelante, la tasa anual de crecimiento tardaría 50 años antes de llegar a 0. Las regiones menos desarrolladas, supuestamente alcanzarían el nivel de reemplazo en el año 2070, y tardarían 70 años más para llegar a la estabilización.

A estas alturas, y frente al límite de tiempo al que debo ceñirme, me veo obligada a escoger entre los numerosos aspectos que aún están pendientes.

Plantearé, pues, muy brevemente otro de los movimientos demográficos característicos de nuestra época. Me refiero al traslado dentro de los países, de población desde las áreas rurales y pequeñas áreas urbanas hacia las grandes ciudades, proceso que se designa como urbanización y cuando alcanza cierto grado, “metropolización”. Según la definición de las Naciones Unidas, hace 25 años, 28 de cada 100

personas de la población vivían en lugares urbanos. En 1975, esta proporción habrá cambiado aproximadamente a 38 personas de cada 100, y se espera que hacia el año 2000, la mitad de la población mundial sea urbana. Lo que ha provocado este crecimiento en la población de las ciudades es el continuo y enorme éxodo de la población rural, que -como ya se dijo- se espera que prosiga. Una de las características más dramáticas del proceso de urbanización ha sido la tendencia de la población a confluir hacia lugares ya altamente poblados. Este fenómeno puede ilustrarse por referencia al número de ciudades de 1 millón de habitantes o más. En 1950 había 75 de estas ciudades con un total de 174 millones de habitantes. Alrededor de 1970, habían aumentado a 162 con 416 millones de personas. Nuevamente el ritmo de concentración en las ciudades ha sido más dramático en las áreas menos desarrolladas. En los veinte años que van de 1950 a 1970, el número de ciudades que sobrepasan el millón en estas regiones, aumentó más de tres veces: de 24 a 79.

En esta migración hacia las ciudades influye una combinación de factores, tanto en las áreas de inmigración como en las de emigración, y su impacto demográfico contribuirá a modelar la población futura. Por cierto, que también tiene consecuencias socio-económicas de diversa naturaleza.

Aunque hay muchos otros temas que podrían discutirse, debo terminar, y me gustaría hacerlo con un ruego: en nuestra preocupación por aquellos que podrían poblar la tierra en el año 2000, no nos olvidemos de quienes ya están aquí, y de los 500 millones que -no obstante las medidas que adoptemos- se agregarán a nuestra población dentro de los próximos cinco años. Esta masa de seres humanos, en su mayor parte desposeídos, constituye un desafío a nuestro ingenio y a nuestra imaginación.

Las opiniones y datos que figuran en este volumen son responsabilidad de los autores, sin que el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) sea necesariamente partícipe de ellos.